



**XXVIII acto de Exaltación a  
Ntra. Sra. de la Encarnación**

Pedro Clavijo

A cargo de

**Juan Manuel Labrador Jiménez**

Interpretaciones musicales por la

**Banda Municipal de la Puebla del Río**

Jueves 21 de marzo de 2019 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



**EXALTACIÓN**  
**A**  
**NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION**

JUAN MANUEL LABRADOR JIMÉNEZ

21 de marzo de 2019



## *Desde el otro lado del río*

Te siento, cada día, cerca de mí. Nunca coincidimos en aquel lugar recóndito ya casi irreconocible para Ti, pero algo que es muy difícil de describir hasta acariciar la imposibilidad de este propósito hace que continúe presagiándose tu presencia por los alrededores de aquel rincón en el que se hallaba tu morada. En nuestros días, nadie ha sido testigo de tu estancia en aquel paraje, pero todos saben que estuviste allí. E incluso a los que tenemos el privilegio de ser paisanos tuyos, nos han ido hablando con habitualidad sobre tu persona desde nuestra infancia, indicándonos que siglos atrás fuiste una habitante más de aquel entorno.

Allá por la antigua Cava de los Gitanos perdura indeleble tu rostro al haber sido retratado sobre uno de los centenarios materiales que mayor seña de identidad aporta a ese viejo arrabal, la cerámica. Y ante aquel pequeño y discreto retablito azulejado sigue deteniéndose el tiempo como si éste jamás hubiese pasado y Tú, realmente, permanecieras allí como antaño. Insisto en que ningún mortal te ha visto físicamente por aquellos pagos, pero hay algo que traspasa el alma de quienes transitan por ese enclave, pues al lado de un íntimo monasterio en el que aún habitan en su clausura monjas dedicadas exclusivamente a la vida contemplativa, latiendo diariamente el pulso de Dios en el sagrario que se alza en el reducido templo de aquel cenobio, parece que sigue escuchándose la voz del arcángel: *«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»*.

Después de tantos siglos, imaginamos que rememorar ese trascendental instante de tu vida terrena no dejará de turbarte igual que entonces, porque si Tú eres nuestro ejemplo a seguir, nuestro mejor modelo, es debido a que siempre has mantenido esa humildad que a tantos nos cautiva cuando somos nosotros los que nos postramos a tus plantas, Señora... Y seguro que cuando el seráfico timbre de Gabriel vuelve a resonar en el abismal interior de tus inmarcesibles recuerdos, seguirás acordándote de tu madre, la Señora Santa Ana, que a la verita del río mantiene su sempiterna sonrisa ante el formidable orgullo que supone para ella que seas su Hija, la pura y limpia elegida por el Todopoderoso desde su mismísima concepción.

Arribaste a aquella orilla hace más de cuatro siglos procedente, tal vez, de ese universo artístico que pudo rodear al círculo montañésino, aunque se desconozca con certeza qué manos modelaron tu virginal fisonomía, un dato



que realmente a nadie aflige, porque la autenticidad de la devoción que se te profesa radica en el misterio secular que te abraza y te hace ser especial y distinta. Probablemente, pocos conocerán que, al principio, el llanto que encharca tus párpados hasta reventar para humedecer tus pómulos hizo que te advocasen de los Dolores. Y cuando el destino te alejó de las inmediaciones del Guadalquivir de modo definitivo para atravesar la urbe hasta las proximidades de la antigua Huerta de la Alcantarilla de las Madejas, cerca de la cual se ubicaban aquellos Caños de Carmona que hasta inicios del siglo XX era el acueducto por el que fluía aquella agua que abastecía a todo el municipio, tomaste posesión de un antiguo recinto benedictino en el que hubo quien quiso llamarte Mayor Dolor y Traspaso en primer lugar, y Paloma algo más tarde, pero el Espíritu Santo te infundió sus dones de tal manera que, sin embargo, la historia siempre te ha dado a conocer como Encarnación.

Entre nosotros acampó hace más de dos mil años el Verbo de Dios gracias a tu valentía, erigiéndote tabernáculo primero a partir de ese momento al haber estado desprovista de aquellos miedos que no consiguieron su objetivo de atemorizarte frente a una incertidumbre que tampoco logró su afán, puesto que tu regazo estaba predestinado para ser el trono del Rey, erradicándose por Ti nuestras culpas al constituirte en la llave que abre de par en par las puertas del Paraíso. Y hasta tu presencia acudimos, para descubrir esa gloria que anhelamos alcanzar y así tener la seguridad plena de que, tras esta ardua y sacrificada peregrinación por la tierra, Tú misma nos abrigrarás bajo tu manto cuando, al dormir en la Esperanza de la Resurrección, veamos a Quien derramó su Sangre por este pueblo –ante el que fuese presentado– tomando asiento a la derecha del Padre Eterno.

Mi corazón palpita a ritmo acelerado, pues le embarga esta emoción que supone venir para hablarte cara a cara y ofrendarte esta exaltada alabanza hecha requiebro ante tu imponderable belleza... Justo ahora, cuando prenden los pabilos de esa cera que te escolta en tu altar y cuyo crepitar hace que evoquemos la candelería de tu paso de palio, aquel en el que bajo sus bordados juanmanuelinos sobre terciopelo de color "encarnado" queremos verte avanzar por las calles guiada por el Santo Ángel de la Guarda que, como capataz perpetuo, indica en el frontal de tu parihuela el camino a seguir desde encima del respiradero... ¿Y a dónde te lleva este ser espiritual?

*¿Hacia dónde vas, María,  
en esa tarde dorada  
que parece Martes Santo*



*cuando desde La Calzada  
quieres salir al encuentro  
de esa gente que te aclama,  
con fervor inusitado,  
al compás de aquellas marchas  
que apaciguan el dolor  
de esas lágrimas saladas  
que recorren, como un río,  
tus mejillas sonrosadas  
mientras la brisa navega  
entre varaes de plata  
para dejarte su beso  
sobre el perfil de tu cara?*

*Sí, ¿a dónde vas, María,  
cuando en el cielo se alza  
el mismo sol que ilumina  
la bondad de esa mirada  
que diriges hacia abajo  
para, en silencio, cruzarla  
con el devoto que reza  
entonando tu plegaria  
a los pies de aquel retablo  
en el que Tú nos amparas  
bajo un palio que preserva  
la pureza inmaculada  
de tu vientre, cual sagrario  
en donde Jesús recalca  
como Hijo del Altísimo  
tras colmarte con su gracia?*

*Bendita seas, Señora,  
desde la hora temprana  
del anuncio que marcó  
a toda la especie humana,  
el de aquella Encarnación  
que te hizo soberana,  
pues durante nueve meses  
que el calendario señala  
desde marzo hasta diciembre  
Dios te llenó de Esperanza*



*cuando te legó esa Vida  
que emergía en tus entrañas,  
la de un Cristo redentor  
entregado a aquella causa  
de salvar al mundo entero  
a través de su Palabra.*

*Las puertas de San Benito  
se abren cuando traspasas  
la frontera de un dintel  
en cuyo marco te abraza  
la luz que da su calor  
a una histórica jornada  
que, casi por increíble,  
no deja de ser soñada  
por numerosas personas  
que de forma cotidiana  
ansían vivir el gozo,  
con su ilusión desbordada,  
de verte cruzar Sevilla  
cuando el Ángel de la Guarda  
haga real el deseo  
de tu madre Santa Ana  
y te lleve hasta aquel puente  
que deshace las distancias  
al redescubrir tu origen  
en nuestra hermosa Triana.*



## *Aquella Triana*

Soy de Triana. Y de Triana vengo, como Nuestra Señora de la Encarnación. Esa misma Triana que sigue tan presente en el día a día de la Virgen, pues hasta los paños cerámicos que envuelven y abrigan la capilla sacramental en la que Ella nos espera junto a aquel Ecce Homo sacramentado fueron creados en la margen derecha del viejo río Betis, concretamente en la desaparecida Fábrica de Manuel Ramos Rejano, que se hallaba en el ecuador de la calle San Jacinto, y en una de sus piezas vuelve a reaparecer ese nombre para precisar, como si de un íntimo secreto se tratase, dónde aconteció su ejecución: Triana.

Os ruego no os inquietéis si por un ratito me la llevo conmigo a aquel lugar, como hiciese María del Carmen Ramos Pueyo durante el sueño de un crío llamado Pablo Manuel que le sirvió de argumento a esta escritora para su fantástico cuento infantil titulado *Regaló su pañuelo a Triana*, aunque tengo muy claro que Ella es, desde hace más de un siglo, Reina de La Calzada, dándole su refulgencia a esta inmemorial calle Oriente, que debe su vetusto nomenclátor a su condición de eje rectilíneo de levante de entrada a la urbe, y que se hace secular vía crucis hispalense desde la Casa de Pilatos hasta el templete de la Cruz del Campo. Ella es, por tanto, una trianera de la diáspora, como tantos hijos de ese barrio que hubieron de emigrar a otros como Nervión, cuya cofradía penitencial pasa cada Miércoles Santo casi bajo la sombra de la torre de San Benito al alcanzar Luis Montoto desde Jiménez Aranda, o el Polígono de San Pablo, que cada Lunes Santo pasa con sus nazarenos por delante de la puerta lateral de esta iglesia, y justo debajo del azulejo de la Virgen de Valvanera se asoma la de la Encarnación entronizada en su paso de palio, dándole la venia a esta joven corporación para adentrarse en el corazón de Sevilla.

Para los trianeros, Ella es en esta tierra nuestra firme embajadora, siendo la única titular vigente de una hermandad que en el pasado habitase en Triana, pues ni las Aguas ni los Gitanos, que fueron fundadas igualmente en el arrabal, no conservan, tristemente, las imágenes que ocuparon sendos altares en la que primitivamente fue ermita de la Candelaria ni en el extinguido convento del Espíritu Santo. Aunque en vuestras dependencias guardáis otro tesoro entrañable como es la Palomita de Triana. Sí, digo bien, y no me estoy equivocando. La sonrisa letífica de una Encarnación que, en la otra orilla, presidía la antigua y derruida capilla propia de esta corporación durante unos trescientos años guía hoy, con su gloria, los designios de las



juntas de gobierno que, en la sala capitular, se reúnen en cabildo de oficiales ante su presencia. A esa Virgen niña desconocida por muchos, y esculpida por Juan Bautista Vázquez "el Viejo", era a la que cariñosamente se le denominaba con aquel calificativo que, por confusiones históricas, se le acabaría aplicando a la dolorosa.

Señora, vámonos por unos instantes a aquella Triana, y cuéntame cómo era entonces aquel barrio. Nárrame aquellas estaciones de penitencia con nazarenos vestidos de negro en la tarde del Viernes Santo... Descríbeme a los moradores de aquellos siglos XVIII y XIX que acudían a postrarse a tus pies para implorarte por los suyos y por su porvenir. Dime cómo era esa Semana Santa sin carrera oficial ni catedral porque el centro neurálgico era la parroquia que Alfonso X el Sabio erigió en honor de tu madre y abuela de Dios... Háblame de aquellas riadas que anegaban las calles y hasta inundaban tu santa casa... Y cómo fue aquella primera vez que cruzaste en 1845 el tambaleante puente de barcas para arribar a la seo metropolitana, experiencia que se repetiría durante tres años más hasta deshacerse tu hermandad... Por cierto, ¿recuerdas a la Esperanza compartiendo sede Contigo en tu templo en el último tercio del mil setecientos? Y cuando pasaste por Santa Ana antes de que te trajeran para siempre a estos dominios que riges con toda tu majestuosidad, ¿te acuerdas del bucólico prado de la Divina Pastora?

Me ubico ante Ti y me siento empujado ante toda tu grandeza. Por eso, Madre, toma este caudal de sentimientos para que florezca a tus plantas con el embriagador perfume de las azucenas con las que Gabriel te agasajó en esa pretérita Plaza de la Verbena que hoy se hallaría delimitada por las calles Santísimo Cristo de las Tres Caídas, Rodrigo de Triana y Victoria, esas mismas flores que en sus jarras coronan las esquinas del cuerpo de campanas de la Giralda...

*La calle Pagés del Corro  
sigue llorando tu ausencia  
porque vive sin tu rostro.*

*Sólo perdura el recuerdo  
de tu belleza plasmada  
en un bendito azulejo.*

*Y un aroma de azucenas  
subsiste en ese lugar*



*que fue tu casa primera.*

*En aquel tiempo pasado,  
escuchabas oraciones  
de tus vecinos gitanos.*

*Nunca faltaba a tus pies  
aquella jaculatoria  
de tu devoto más fiel.*

*Dabas luz a las mañanas  
para ser siempre consuelo  
con tu expresión delicada.*

*La tarde del Viernes Santo,  
Tú marchabas al encuentro  
con la gente de aquel barrio.*

*Vistiendo un hábito negro,  
hacían su penitencia  
tus silentes nazarenos.*

*En un palio muy notable  
salías en procesión  
tras el Cristo de la Sangre.*

*Al ir cayendo la noche,  
solías pasar muy cerca  
del Castillo de San Jorge.*

*Y en la antigua calle Larga,  
la cera se hacía fuego  
caminito de Santa Ana.*

*En el siglo XIX,  
tu capilla se cerró  
perdiendo todos tus bienes.*

*Fuiste fulgor de la Cava,  
cruzando de orilla a orilla  
para irte a La Calzada.*



*Atrás dejaste tu historia,  
sobre un puente de madera  
y sus barcas temblorosas.*

*Virgen de la Encarnación,  
por los Caños de Carmona  
siguió creciendo tu amor.*

*Protagonista de un cuento  
donde vuelves a tu origen  
para donar tu pañuelo.*

*Con el oro que fundían  
tus ángeles en la gloria,  
te coronaba Sevilla.*

*¡Por Ti no pasan los siglos,  
siendo un sueño de Triana  
que arraigó por San Benito!*



## *La Encarnación del Verbo*

No existe en toda la historia un acontecimiento de mayor magnitud que el de la Encarnación del Verbo, por el poder del Espíritu Santo, en el seno de la Inmaculada Virgen María, asumiendo Jesucristo su naturaleza humana sin dejar a un lado la divina, de tal modo que Ella no sólo es la Madre del Hijo, sino que lo es de Dios Trinidad con toda su Esperanza, una verdad absoluta e irrefutable desde que así se definiese en el Concilio de Éfeso durante el lejanísimo año 431.

La figura de la joven muchacha de Nazaret, a la que el pecado jamás marcó con su pegajosa mancha, fue clave para que el Señor pudiese llevar a cabo su misión de salvar al mundo para reconciliarlo con el Altísimo después de que en la creación desobedecieran Eva y Adán la ley de Aquél en la que les ordenaba no tomar el fruto del árbol prohibido, siendo Nuestra Señora, por tanto, la intercesora por excelencia entre lo celestial y lo terrenal, y con el nacimiento del Mesías, Dios volvería a pasearse entre la gente como lo hiciera en el Paraíso, buscando con ello retomar la amistad con el hombre para rescatarlo de los males que le acechan.

Cuando se habla del misterio de la Encarnación y del emblema que lo representa, no puede caer en el olvido esa jarra con tres azucenas que remata cada uno de los varales que con vigor sostienen el bellissimo palio que Juan Manuel Rodríguez Ojeda bordase para esta anónima dolorosa. Aquellas flores se integran y dan sentido a la heráldica corporativa de la hermandad, habiendo constancia de que en torno a 1794 ya estaban presentes en este blasón, manteniéndose tras su reorganización en 1921, con la puntual excepción de que entre los años 1948 y 1958 desapareció, si bien jamás dejó de mostrarse en el antifaz de los nazarenos a la altura del pecho.

Tres azucenas, tres, esa cifra con la que se pone de manifiesto, como en la Santísima Trinidad, el sentido de integridad, de perfección y de unidad de este número, coincidente, según decía el evangelista San Juan, con los perfectos testigos de la divina gracia de Dios sobre la tierra: el espíritu, el agua y la sangre. Los tesalonicenses afirmaban que el hombre se compone de tres aspectos: su cuerpo, su alma y su espíritu. Por otra parte, la fe, la esperanza y la caridad son las tres virtudes teológicas, al igual que los atributos divinos se triplican porque el Supremo Hacedor de nuestras vidas es Omnisciente, Omnipresente y Omnipotente, mientras que tres son también las habilidades humanas: obra, palabra y pensamiento. Aunque en el



Evangelio de San Mateo éste es el único que hace alusión a los Reyes Magos más sin indicar ni que fuesen monarcas ni que hiciesen magia, es la tradición popular la que sostiene desde el siglo IV que tres fueron los que adoraron al Niño Jesús recién nacido en el portal y tres los regalos que le ofrendaron: oro, incienso y mirra. Los apóstoles fueron doce, pero sólo tres de ellos – Juan, Pedro y Santiago– presenciaron la transfiguración del Señor en el Monte Tabor. Durante la Pasión, Cristo oró tres veces en Getsemaní antes de ser prendido, y otras tres negó Pedro conocerle cuando cantó el gallo, Tres Caídas fueron las que padeció bajo el peso de ese leño en el que tres clavos atravesaron sus manos y sus pies, tres cruces coronaban el Calvario con el Salvador en el centro y los ladrones Dimas y Gestas a sus lados, y Magdalena, Cleofás y Salomé eran las tres Marías que estuvieron con la Virgen al pie del madero cuando al expirar su Hijo sintió tres necesidades: escaleras para descender su cuerpo inerte, sábanas para amortajarlo y sepulcro para enterrarlo. Tras entregar su vida al Padre, hubo tres horas de oscuridad cubriendo la tierra. De Jueves a Sábado Santo es el triduo pascual, porque al tercer día... ¡Resucitó! Él, precisamente, que hizo resucitar con anterioridad a su martirio a tres personas, si bien en las páginas del Nuevo Testamento –compuesto por 27 libros, número resultante de multiplicar tres por tres por tres– solamente consta el nombre propio de una ellas: Lázaro.

Curiosamente, el tres también es clave al sevillano modo. La historia del municipio, en cuyo escudo aparecen tres personas, San Fernando, San Isidoro y San Leandro, se basa en tres grandes culturas: la romana, la árabe y la cristiana. En nuestros días solamente se conservan tres puertas originales de la antigua ciudad amurallada: el arco de la Macarena, el del Postigo del Aceite y la puerta de Córdoba. Así mismo, Sevilla tiene tres mitos universales, como son el Tenorio, Carmen y el Barbero. Cada 15 de agosto, al salir por la Puerta de los Palos a las ocho en punto de la mañana, se le piden a la Virgen de los Reyes tres deseos a los pies de la Giralda, y ésta con su catedral y junto a la Torre del Oro y el Alcázar son nuestros tres grandes monumentos arquitectónicos más conocidos. E incluso está el templo y la plaza de los Terceros. Y, por si fuera poco, el poeta Manuel Mantero definió con el arte de esta tierra que nuestra ciudad es «*triurbana: Sevilla, Triana y lo demás*». Nuestras hermandades pueden ser de tres caracteres: sacramentales, penitenciales y gloriosas. Tres son los golpes del llamador para que nuestras cuadrillas costaleras levanten las imágenes al cielo, tres las cofradías que el Lunes Santo salen de un mismo barrio como es San Vicente, tres son las cofradías de ruán en la madrugada del Viernes Santo y otras tres las de capa, como tres son los crucificados que pasan en riguroso silencio por delante de nosotros cada Martes Santo... Tres siglos tuvo capilla propia



vuestra corporación a la sombra de Santa Ana, tres los pasos con los que actualmente sale a la calle para hacer su estación de penitencia, y tres veces pasea Pilatos en Semana Santa con Torreblanca, la Macarena y San Benito, si bien vuestro misterio, junto a los del Soberano Poder ante Caifás y la Sentencia son los tres en los que hay presente en la escena un esclavo etíope.

Muchos significados puede tener el tres, esa cifra que, sin embargo, siempre nos hará tener muy presentes en nuestra memoria las azucenas que el arcángel entregó a María para anunciarle que había sido la elegida para ser nuestra corredentora, tal y como se puede apreciar en la gloria del techo de palio de Nuestra Señora de la Encarnación, donde estas flores aparecen en una diminuta jarrita bajo la ventana del habitáculo, representando la castidad, la docilidad al Espíritu Santo y la humildad de Aquella que fue siempre Virgen antes, durante y después de concebir a Jesús.

*El Verbo quiso habitar  
en ese pulcro sagrario  
de tu seno, santuario  
que se convierte en altar  
donde brota el azahar  
al volver la primavera,  
y una luz por la vidriera  
enciende todo el amor  
cuando muestra el resplandor  
de una gracia venidera.*

*Te dijo a Ti San Gabriel  
que «el Señor está Contigo»  
pues quiso darte su abrigo  
por haberle sido fiel  
desde el mismo instante aquel  
en que fuiste concebida  
para sanar esa herida  
del pecado original  
que causaba tanto mal  
sobre esta tierra aturdida.*

*Voló el Espíritu Santo  
hasta llenarte de Dios,  
ya que como Tú no hay dos  
ni nadie iguala ese encanto*



*sin que se quiebre en un llanto  
que dé paso a la amargura,  
y a pesar de la locura  
de este mundo pernicioso,  
no habrá nada más hermoso  
que tu encomiable dulzura.*

*En silencio recibiste  
la celestial bendición  
que inundó tu corazón  
sin dejarte nunca triste,  
y a este pueblo entero  
uniste a lo largo de la historia  
con esa jaculatoria  
que te colma de alegría  
al decirte «Ave María»  
para exaltar tu victoria.*

*Brotarán las azucenas  
sobre los doce varales  
de ese palio en el que sales  
y en el cual todo lo llenas  
mientras disipas las penas  
de esta fría sociedad,  
y con magnanimidad  
vas recorriendo Sevilla,  
que a tu paso se arrodilla  
sin ninguna vanidad.*

*Eres flor entre las flores,  
irradiando tu pureza  
mediante aquella realeza  
que pregona tus honores  
en medio de esos clamores  
que se tornan oración,  
demostrando su efusión  
ante la grata noticia  
de sentir Tú la caricia  
de Dios en su Encarnación.*



## *Esos ojos verdes llenos de esperanza*

El domingo 27 de noviembre de 1994 por la mañana, muy temprano, Manolo Rodríguez Hidalgo, benemérito cofrade y mejor persona de la que tanto habría que aprender, quiso estar junto a su Virgen orando ante la intimidad de su retablo en San Benito horas previas a pregonar ese hecho irrepetible como era la coronación canónica de esta imagen mariana en el Teatro Lope de Vega. Y así me he sentido yo hoy, como aquél que luego fue hasta hermano mayor de esta archicofradía, porque también he querido estar con Ella en el amanecer de este día en que he de cantar sus excelencias. Para sentirla con mayor cercanía, preferí acceder a la capilla del Santísimo Sacramento y, desde las escaleras que unen dicho espacio con el lateral del presbiterio, contemplar a la Señora envuelta en el mutismo predominante en este sagrado recinto, ajena a la algarabía, las saetas, los piropos y las joviales marchas procesionales que marcan el pulso de su triunfal recorrido por la ciudad cada Martes Santo.

No había nadie más. Solamente Ella y yo. Y el sentimiento, ese que brota a raudales cuando el rezo es una simple mirada, sin palabras que distraigan nuestra atención o pudieran romper ese halo en el que no tienen cabida otras cosas que nada aportan a ese recóndito momento de plenitud devocional y espiritual a la par... Y entonces, me pareció que la Virgen pronunciaba el canto del Magníficat igual que lo hizo en casa de Zacarías cuando visitó a su prima Isabel, estando ya de seis meses la que llamaban estéril, tratándose de un momento de alabanza que María, igualmente en estado, rinde al Redentor, la misma que le ofrecerá durante toda su vida. *«Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí».*

Sí, Nuestra Señora de la Encarnación, como su propia advocación indica, se encuentra en estado de buena Esperanza, porque Dios ha hallado cobijo en su regazo.

¿Y dónde o cómo puede intuirse, precisamente, que Ella está encinta? ¿Qué signo podemos descubrir para ello? El secreto pasa desapercibido, pero lo tenemos justo delante de nosotros... Contemplad a la Virgen, pero no desde la distancia, acercaos a Ella, y cruzad vuestra mirada con la suya,



pues sus párpados semicerrados son los que nos esconden el misterio. Casi nadie lo sabe, pero los ojos de la Reina de La Calzada son verdes, sí, sí, ¡verdes!, y transmiten serenidad, armonía y vida, o resumiéndolo en un solo vocablo, difunden Esperanza, y los iris que rodean sus pupilas son verdes porque nos indican que el Rey de reyes ha sembrado en su impecable ser toda la misericordia divina.

*Hay un secreto escondido  
que como sabes, Señora,  
pasa desapercibido  
en este barrio abstraído  
por tu entrega mediadora.*

*Desde Carmona, unos Caños  
traían el agua fresca  
hasta estos aledaños,  
perdurando con los años  
su arquería gigantesca.*

*Una calle se hizo Oriente  
a los pies de aquella torre  
que ya no divisa un puente,  
pues hoy nadie lo recorre  
por dejar de estar presente.*

*Y en una parroquia añeja  
que quiso darte cobijo  
a la vera de tu Hijo,  
La Calzada no te deja  
que vivas sin regocijo.*

*A tu altar vengo a rezarte  
con un sentir infinito,  
y mis versos te recito  
queriendo así susurrarte  
mi requiebro en San Benito.*

*Quiero acercarme hasta Ti  
para buscar tu mirada  
en esa gloria elevada  
que desde siempre sentí*



*más próxima que alejada.*

*Sé que habita en tu interior  
un misterio poderoso  
que te desborda de amor,  
y a través de su esplendor  
se nos mostrará dichoso.*

*Parece que entre tus manos  
arrullas con gran cariño  
a ese Dios que los cristianos  
honraremos hecho Niño  
todos juntos como hermanos.*

*Clara está la adivinanza  
cuando admiramos tus ojos,  
pues en ellos, sin tardanza,  
al inclinarnos de hinojos,  
descubrimos la Esperanza.*

*Mi alma nunca se pierde  
ante tu tierna expresión  
si siente la Encarnación  
en esa mirada verde  
que no tiene parangón.*



## *Martes Santo en la Calzada*

Una de las claves para tratar de entender una Semana Santa que es imposible de describir con palabras, puesto que no las hay para, al menos, poder intentar definir lo que supone para los cristianos estos días sacros de acuerdo con el espíritu intrínseco de la religiosidad popular de nuestra tierra, es la de ser conscientes de la relevancia que tienen en esta conmemoración los barrios de Sevilla, y cómo éstos se hacen cofradía que peregrina penitente hacia el casco histórico de esta urbe en busca de la seo metropolitana. Es más, ¿cuántos barrios vuelven a serlo verdaderamente al seguir la senda que indica la cruz de guía tras la cual los vecinos de estos lugares, y aquellos que lo fueron, pero no pierden su identidad con el entorno donde nacieron y se criaron, visten la túnica nazarena de esa hermandad que los mantiene unidos en su esencia?

Cada Martes Santo, La Calzada vuelve a ser un poco más La Calzada, aquella que fue y que parece que continúa siendo. La de las antiguas familias de Campos de los Mártires, Alberto Durero, Lictores, Juan Sierra, Juglar, Blanco White, Pirineos, la Buhaira, Alerce... La de las fotografías en blanco y negro donde toda la gente se arremolinaba en la imperecedera calle Oriente en torno a esa joven cofradía que no partía literalmente de cero porque devolvió a Sevilla entera la belleza de la Virgen de la Encarnación...

Se alza el sol, que desperezado lame con sus rayos las fachadas que lucen engalanadas para este día tan esperado y que ha regresado de nuevo casi sin darnos cuenta. Hay nervios y revuelos infantiles, y padres y madres que, emocionados, llevan a sus pequeños consigo para hacer la estación de penitencia, mientras que en otros casos los abuelos esperan en primera fila ver pasar a los nietos para que éstos les den un caramelo. ¡Cuánta inocencia se contiene en esa estampa que jamás desaparece de nuestra Semana Santa! Se hace el silencio, y es tan sepulcral que hasta nos embarga cuando éste sólo queda roto por el sonido de un pestillo que anuncia que todo comienza a primera hora de la tarde...

*El tiempo queda detrás  
sin parecer que ha pasado,  
mas al abrirse las puertas  
de este templo acrisolado  
para que vuelva salir,*



*otra vez después de un año,  
su señera cofradía  
con terciopelos morados  
que cubren todos los rostros  
en el pulcro anonimato  
de una antigua penitencia,  
San Benito se hace barrio  
frente a toda una ciudad  
con La Calzada en sus labios,  
bombeando el corazón,  
mientras late emocionado,  
la tersa Sangre de un Cristo  
que ante el pueblo es presentado,  
aunque más bien es Sevilla  
la que recuerda a Pilatos  
que lleva a su vera a Dios  
y así evite condenarlo  
cuando se asoma al balcón  
sobre la proa del paso  
desde cuya canastilla  
vibran esos candelabros  
que escoltan siempre la escena  
donde aquellos dos romanos  
presencian lo que acontece  
en ese enorme palacio,  
a la vez que Claudia Prócula,  
con su sirvienta a su lado,  
sufre y pide a su marido  
que libere de inmediato  
a aquel reo por ser Rey,  
y que desaten sus manos  
delante del sanedrita  
que vigila al negro esclavo  
del flagelo y de la soga  
después de haber azotado  
la espalda de un inocente  
que será crucificado  
sobre lirios o claveles  
en la cima del Calvario.*

*Sella la cera un sendero*



*que una cruz ha señalado  
como guía que ilumina  
tras sus perfiles dorados,  
entre la tarde y la noche,  
el bendito itinerario  
que realiza en hermandad  
un modesto vecindario  
que, con capas y antifaces,  
camina abriéndole paso  
a esa Doncella que reina  
conquistando los espacios  
de esta tierra mariana  
que se rinde ante su palio,  
el que Rodríguez Ojeda bordase  
en tiempos lejanos  
para cubrir el dolor  
de María en su quebranto,  
esa Madre tan bonita  
que siempre mira hacia abajo,  
quedándose ensimismada  
al erigirse en sagrario  
por obra y gracia divina  
de aquel Espíritu Santo  
que descendió de su gloria  
hasta quedarse alojado,  
mediante su Encarnación,  
en el vientre inmaculado  
de esta mujer tan perfecta  
que mantiene enamorado  
a todo aquel que la mira  
cuando se acerca el ocaso  
en esas horas postreras  
que se duermen en sus brazos  
al transitar por Laraña,  
y la luna, allá en lo alto,  
quiere verla en la Campana  
o esperarla por los palcos  
hasta alcanzar la Avenida  
con el ritmo acompasado  
de sus amplias bambalinas,  
cuyo sonido es marcado*



*por sus esbeltos varales  
sobre el silencio quebrado  
en aquella catedral  
hasta que sale por Palos,  
emprendiendo así la Virgen  
ese regreso esperado  
tras bordear la Giralda  
con clamores y entusiasmos.*

*Irá subiendo sin prisas  
la Cuesta del Bacalao,  
y luego asciende por otra  
donde se reza el Rosario,  
y en un mar de capirotes  
la Señora, navegando,  
va siguiendo aquella sombra  
de su Hijo ajusticiado  
en ese oscuro madero  
a causa de los pecados  
de un mundo que se equivoca  
y que queda perdonado  
si con amor acompaña  
a esta Reina que ha cruzado  
por la Puerta de Carmona  
sin que le invada el cansancio,  
pues La Calzada la espera  
cuando camina despacio  
por su calle Luis Montoto  
al obrarse ese milagro  
de un fuego que no se apaga  
ante el delicado llanto  
que refleja el centelleo  
de aquellos cirios tan blancos  
entre esa candelería  
con la luz que han derramado,  
en el curso de unas horas,  
durante un tiempo soñado  
a los pies de aquella Virgen  
que este pueblo sevillano  
de la Encarnación la llama  
en su sentir cotidiano*



*al hallar en San Benito  
el candor del Martes Santo.*

## ***Madre de la Familia Hispalense***

Fue en este mismo presbiterio, con Nuestra Señora de la Encarnación presidiendo el altar, igual que hoy. No cabía un alfiler en la parroquia, pues además de llenarse los propios bancos era casi imposible estar de pie al desbordarse los pasillos de San Benito. En la mesa de la junta de gobierno se encontraba el recordado e inolvidable Luis Arjona Major como hermano mayor, aquel que no tuvo suficiente durante su primer mandato con llevar al Santísimo Cristo de la Sangre a la catedral para el vía crucis de las hermandades penitenciales del primer lunes de Cuaresma ni con acudir, en un mismo año, con el paso de la Sagrada Presentación de Jesús al Pueblo tanto a la novena edición del Santo Entierro Magno como a la Iglesia del Divino Salvador para que el colosal misterio de Antonio Castillo Lastrucci formase parte de "*Los Esplendores de Sevilla*" en el apartado dedicado a "*La Pasión*". Era Viernes de Dolores, y culminaban los cultos en honor a la dolorosa con motivo de su festividad litúrgica, que en aquella ocasión tuvo lugar a dos días vista del Domingo de Ramos. Fray Carlos Amigo Vallejo ocupó la sagrada cátedra, y al ir culminando el prelado su plática anunció que, tan sólo nueve meses más tarde, sería coronada esta Madre de la Familia Hispalense.

Pareciera que fue ayer, y ya han pasado veinticinco años desde que el sillero José María Jaramillo repartiese claveles blancos entre los abonados de la Campana para que los lanzasen, desde sus asientos, a medida que el paso de la Santísima Virgen fuese avanzando hacia la calle Sierpes para continuar por la carrera oficial. Pareciera que fue ayer, y hace nada menos que un cuarto de siglo de que Pascual González diese forma a aquel himno que decía aquello de: «*¡Dios te salve Encarnación! / ¡Reina y Madre Coronada!*». Sí, sonará a tópico, pero es verdad que parece que fue ayer cuando Antonio Dubé de Luque retrató magistralmente la cara tan bonita de la Encarnación mientras el Espíritu Santo la nimbaba con una corona de rosas de pasión a la vez que otras convencionales brotaban a modo de ramo sobre el pecho, de cuyo tocado surgen a la altura del corazón tres azucenas, si bien una de ellas aún no se había abierto aguardando la llegada del histórico día de la ceremonia. Pareciera que fue ayer mismo, y se han cumplido ya cinco lustros de que el canto del "*Ave María*" sirviera



de inspiración al coronel Abel Moreno para componer la imperecedera marcha *Encarnación Coronada*.

Puede que se trate ya de mucho tiempo para unos y de poco para otros, pero lo cierto y verdad es que ya ha pasado toda una generación. Recuerdo en mi niñez aquella gélida mañana del 6 de diciembre cuando, en loor de multitudes, la Virgen atravesaba la ciudad por un inédito trayecto que la llevó a Santa María la Blanca –pasando ante mi Virgen de las Nieves– y, luego, a Santa Cruz para arribar a la catedral por Mateos Gago, si bien dio un rodeo por Alemanes y la Avenida para entrar por la puerta de San Miguel, ya que sería en el trascoro donde tendrían lugar los cultos extraordinarios. Y qué guapa iba con aquella diadema labrada por Manuel de los Ríos como regalo de sus hijos costaleros para esta ocasión y que bendijese aquel inigualable párroco y director espiritual que fue don José Salgado González. En 1994, la fiesta de la Pura y Limpia Concepción de María se entremezcló con la grandeza de la Encarnación, por eso, a los dos días de conmemorarse una vez más su inmaculismo, esta tierra coronaba en la mañana del décimo día del último mes del año a la Encarnación, actuando como padrinos la madre superiora del asilo de las Hermanitas de los Pobres, sor Cecilia Martín, y uno de los ancianos residentes en aquella casa, Pablo Gotor Arenas, y junto a la ovación ensordecedora del instante en que el arzobispo cubría la cabeza de la Virgen con el acendrado oro de los sentimientos más hondos, aún resuenan en la memoria aquellas palabras que fray Carlos dirigiese a los fieles durante su homilía: *«Todas las coronas nos parecen pequeñas y todas las flores pocas, pues un amor tan grande solamente con amor puede coronarse. Recibe, pues, este amor de San Benito y de Triana, de La Calzada y de Sevilla, de todo este pueblo de Dios que en tu honra tiene motivo y señal de tanta misericordia y de tanta esperanza»*.

Y hoy hemos de seguir coronando con ese mismo amor renovado a la Virgen, y cantando su himno, y el "Ave María" al oír su marcha conmemorativa, y contemplándola en el azulejo de la calle a Ella dedicada y que se inauguró la misma tarde de un diciembre por estrenar en la que el alcalde Alejandro Rojas-Marcos le impuso la réplica de la medalla de la ciudad.

Pasaron varios años imposibles hasta hacerse real aquel deseo que, tal vez, pareciera tan lejano por no decir, incluso, irrealizable, aunque por San Benito se mantuvo el afán de un empeño verosímil, ver a la Virgen de la Encarnación con toda majestad, bajo su palio, recibiendo entre aplausos



la presea que todos anhelaban con ahínco, y por fin se produjo la noticia al llegar una fecha muy concreta: Año Internacional de la Familia, tomándose a María como ejemplo de un perfil maternal insuperable en tantos domicilios de cristianos que descubren en Ella ese modelo para seguir a Dios con paso firme.

La Iglesia de Sevilla decidió honrar a la Señora de los cielos como mujer que reina en este mundo, sin que nadie lo dude o lo cuestione, de la mejor manera que podía, coronando sus sienes con el oro que el orfebre Fernando Marmolejo fundió para labrar aquella joya que entre todos sus hijos le ofrendasen, como gesto de amor y devoción, a esta Madre preciosa y soberana que a su barrio enamora cada día, y marzo se tornaba en un diciembre que pronto amanecía en la mañana mientras iba saliendo de su templo, al son de las campanas de esa torre que quiso despertar a la ciudad, para ser trasladada aquel adviento con un intenso olor a primavera hacia la catedral voluminosa, luciendo por encima de su frente la modesta diadema que refulge ese ascua de luz desmesurada que revela, sin fin, el poderío de esta joven muchacha nazarena que un día quiso hacerse sevillana.

El arzobispo fray Carlos Amigo, aquel 10 de diciembre al mediodía, subió por un costero a la peana sobre la cual la Virgen, en silencio, esperaba expectante esa corona que brilla como un sol deslumbrador, y en el trascoro aquel catedralicio la historia se detuvo ante los ojos de esta gran dolorosa que lloraba, no por penas, ni angustias, ni tristezas, sino por embargarle el alborozo al ser nombrada Reina en La Calzada.



## *¿Qué te digo, Encarnación?*

Y Nuestra Señora regresó triunfalmente coronada hasta su casa, como lo volverá a hacer a finales de este año, pero invirtiendo el orden de aquella vez, pues si entonces se fue de amanecida y volvió de madrugada, ahora partirá en horario vespertino y vendrá aprovechando que el sol esté en todo lo alto de las bóvedas celestes.

Mis palabras se aproximan, andando sobre los pies, a su ocaso definitivo. Por ello, en esta última "chicotá", permíteme que te dé las gracias, Madre, por una historia que Tú y yo sabemos. Años atrás, recuerdas que te visitaba con mayor asiduidad, puesto que uno de tus vecinos en el asilo era mi añorado tío-abuelo, quien además fuese mi padrino de bautizo y la persona a la que le debo todo mi sentir cofradiero. Pocos trianeros había como él, inculcándole a nuestra familia la devoción por la Esperanza, y aunque jamás llegase a ser hermano de San Gonzalo, nuestra Virgen de la Salud ocupaba igualmente un espacio en su alma, y todos los años la esperaba a las puertas de aquel otro asilo que las Hermanitas de los Pobres tenían en la Avenida de Coria, esa antigua Fundación Carrere que estas monjitas desalojaron para ya quedarse únicamente con el nuevo edificio levantado en Luis Montoto, a donde se trajeron, pues, a todos los residentes. Mi tío, con pena e impotencia, tuvo que dejar en sus últimos años esa Triana que él tanto quería. Y a los escasos meses de llegar aquí, una trombosis cerebral lo dejó postrado en su cama a los 86 años de edad, hasta que a los 90 yo mismo lo amortajé con su verde túnica esperancista... Sin embargo, su amargura por haber dejado Triana sólo podía paliarla cuando pensaba que tenía por vecina a una antigua moradora del barrio, y esa era Tú. Y siempre decía que cuando falleciera, lo haría al menos cerca de Ti, trianera como él. Por eso os pedí que no os inquietaseis al inicio de mi disertación si me la llevaba conmigo por unos instantes al otro lado del río. Ahora ya sabéis por qué he tenido que hacerlo.

Todos tenemos tiernas y emocionantes historias con imágenes devocionales distintas a las de nuestras propias hermandades, por eso yo sentía, desde hace años, mi necesidad de poder compartir con la Encarnación este ratito. Y cuando vamos llegando al final, yo sólo os digo: ¡Alzad la voz, hermanos de San Benito!, y sed realmente vosotros quienes les contéis a Sevilla las grandezas de esta poderosa Virgen.



*¿Qué te digo, Encarnación,  
que no te haya dicho ya?*

*Mi sentimiento se va directo a tu corazón,  
y lo hace con pasión  
sin olvidar la armonía  
de esa elegante poesía  
para lograr que reprimas  
tu sollozo entre unas rimas  
que quieren darte alegría.*

*Las lágrimas de tu cara  
no pueden ser de dolor,  
pues es tan grande el fervor  
que tu gente te declara  
que el propio tiempo se para  
ante tu imagen señera  
al ser tu faz la frontera  
entre la tierra y el cielo,  
no existiendo el desconsuelo  
si la gloria está a tu vera.*

*La Calzada se dispone  
a ofrecerte su alabanza  
anegada en la añoranza  
del cariño que se impone  
cada vez que se emocione  
todo aquel que a Ti te ame,  
de modo que se derrame  
este permanente gozo  
que irá trazando su esbozo  
cuando el amor lo reclame.*

*Encarnación, ¿qué te digo  
si sin palabras me quedo?  
Entre estos versos me enredo  
y mi fin no lo consigo,  
porque me siento mendigo  
a raíz de mi pobreza  
para exaltar tu grandeza*



*como Tú siempre mereces,  
pero mi voz la enmudeces  
con sólo ver tu belleza.*

*Aquí queda mi plegaria,  
guárdala bajo tu manto,  
y al volver el Martes Santo  
a esta ciudad milenaria,  
sé la eterna luminaria  
que en este rincón bendito  
hace de tu luz un grito  
que intuye mil claridades  
y enaltece tus bondades  
al rezarte en San Benito.*

He dicho.